

CAPÍTULO XIX.

Batalla de Germantown.—Derrota de Burgoyne.—Tratado

con Francia. A tal punto de la guerra se llegó que el

Se ha dicho que La Fayette había sido nombrado mayor general en 13 de julio de 1777. Poco después Washington le agregó a su familia militar¹, iniciándole en el secreto de sus operaciones.

El general Howe estaba en Nueva-York, en donde se hacían grandes preparativos de embarque. Sus planes eran dar un golpe de mano á Filadelfia ó á Charleston, y quizás proyectaba remontar el Hudson para reunirse á un ejército considerable que se organizaba en el Canadá, al mando del general Burgoyne, aislar á la Nueva Inglaterra, y aplastarla.

Tal era el plan primitivo del general Howe, al cual tuvo que renunciar por no haber recibido de Inglaterra los refuerzos considerables que había pedido².

A fines de agosto, la escuadra inglesa apareció en la Bahía Chesapeake. Ibase á atacar á Filadelfia, en donde se reunía el Congreso. Remontar la bahía Delaware hubiese sido el camino directo, pero las obras de defensa que habían construido por ese punto los norteamericanos eran formidables; por lo tanto el ejército inglés, tomando distinto camino, describía un arco de círculo, y podía atacar á Filadelfia por la izquierda, dejando el Maryland á sus espaldas.

En 25 de agosto de 1777, los ingleses desembarcaron en el fondo de la bahía de Chesapeake, en el río Elk. Eran en número de 14,000 hombres, siendo muy inferior el que podía oponerles

¹ Así es llamado en América el estado mayor de un general.

² Jared Sparks, *Vida de Wash.*, tom. II, pág. 15.

Washington. Este había tenido que atravesar Filadelfia, en donde permanecía el Congreso con mucha firmeza de ánimo, é ir á recibir al ejército enemigo, al cual encontró en 11 de setiembre junto á un pequeño afluente del río Delaware, llamado Brandywine. Hasta entonces los norteamericanos habían dado combates, pero no batallas en regla: ahora se trataba de algo más serio, y Washington no quería perder á Filadelfia sin dar un golpe recio.

El ejército inglés formó dos divisiones: una de ellas, á las órdenes del general Knyphausen, atacó de frente; y la otra, mandada por el conde Cornwallis, se desplegó formando un círculo, y haciendo girar en rededor á los norteamericanos, los tomó por el flanco y hacía atrás. En semejante situación, la derrota era inevitable, como lo fué en efecto para los norteamericanos, en cuya acción, La Fayette, que hacía esfuerzos para retener á los fugitivos, fué herido en una pierna. Por lo tanto, Filadelfia estaba perdida.

Una bellísima carta que La Fayette escribió á su esposa en 1.º de octubre de 1777, nos da algunos detalles de su herida. En esa carta sabe chancearse, como francés que era, y añade:

«Ahora es oportuno que os dé una lección, ya que sois mujer de un jefe norteamericano. Si os dicen: *Han sido derrotados*, contestareis: Es cierto; pero tratándose de ejércitos de iguales fuerzas y batiéndose en el llano, los soldados viejos llevarán siempre ventaja á los bisoños; por otra parte, aquellos se han complacido en matar mucho, pero mucha mas gente á los enemigos de la que estos han perdido.

»Después os replicarán acaso: «Está bien; pero, cayó Filadelfia, la capital de América, el baluarte de la libertad.» A lo cual contestareis cortesmente diciendo: «Sois unos imbéciles. Filadelfia es una triste ciudad, abierta por todos lados, cuyo puerto estaba ya cerrado, ciudad que ha hecho famosa la residencia del Congreso, no sé por qué razón.» Ved aquí lo que es esa famosa ciudad, que, entre paréntesis, volverá á nuestro poder tarde ó temprano.

»Si continúan haciéndoos mas preguntas, los mandareis á paseo en los términos que os diga el vizconde de Noailles, que yo no quiero perder el tiempo que destino á escribiros, hablándoos de política¹.

Chanceándose y todo con la gracia peculiar de un hidalgo francés, La Fayette era eco de la opinion general de los norteamericanos.

¹ *Memorias de La Fayette*, tom. I, pág. 104.

nos, que se habían acostumbrado ya á las peripecias de la guerra, y á sus azares ordinarios.

En diciembre de 1776, la proximidad de los ingleses había sembrado el terror en Filadelfia; pero en setiembre de 1777, todos se habían familiarizado ya con aquel suceso, diciéndose que los ingleses, precisados á guardar Nueva-York y Filadelfia, diseminaban sus fuerzas inmovilizándolas, lo cual redundaba en beneficio de los norteamericanos.

Así lo creía, ó aparentaba creerlo al menos Franklin, cuando decía: «No, no; el general Howe no ha tomado á Filadelfia; Filadelfia ha tomado al general Howe!»

El Congreso se retiró á York, en la provincia de Pensilvania, interponiéndose Susquehanna entre él y el enemigo. En aquella ciudad permaneció por espacio de ocho meses, es decir, hasta que los ingleses hubieron evacuado Filadelfia. Por lo tocante á Washington, con esa resolución fría que constituía su carácter, volvió á reunir sus soldados, descalzos y sin pan, y en la mañana del 4 de octubre de 1777, á pesar de una muy espesa niebla, atacó al despuntar el día una division del ejército inglés establecida en Germantown.

Los norteamericanos cargaron á la bayoneta. Los ingleses, sorprendidos y desconcertados, apenas se reconocieron á sí mismos, si bien que la niebla impidió á los norteamericanos continuar aprovechándose de su ventaja. En esa acción, hubo regimientos que se hicieron fuego mutuamente. El pánico se apoderó de aquellas tropas hisoñas, pronto escasearon las municiones, y el inglés quedó dueño del campo de batalla, habiendo tenido 500 hombres fuera de combate.

«Sangrienta ha sido la jornada, escribía Washington; ¡ojalá pudiera añadir que ha sido buena para nosotros!»

Ni de mucho fué una victoria, pero el combate fué principalmente glorioso para Washington y los norteamericanos. Un pueblo no es vencido sino cuando se resigna á no hacer mas resistencia. Aquí al contrario, de la propia manera que en Trenton y en Princeton, veíanse hombres á quienes no había abatido la derrota, y que en lugar de parapetarse en las murallas, tomaban la ofensiva é iban á atacar al enemigo. ¿Qué les faltaba para obtener ventajas materiales? Disciplina, esa unidad que la guerra enseña con el tiempo.

* Lord Mahon, tom. VI, pág. 169.

Lo cierto es que en Francia, país competente para juzgar en cuestiones de guerra, esa batalla llamó notablemente la atención. Y cuando, algunos meses después, en diciembre, los comisionados norteamericanos ajustaron el tratado de alianza con Francia, el conde de Vergennes les dijo: «Vuestras tropas se han batido admirablemente en mas de una ocasión, pero lo que mas me maravilla, es ver al general Washington atacar al ejército del general Howe y dar la batalla. Empeñar en esos hechos á un ejército hisoño, prueba incontestable es de que mucho hará en lo sucesivo.»

Después de la batalla de Germantown, Washington se retiró á Whitemarsh, fuerte posición situada á catorce millas de Filadelfia. Los dos Howe, el almirante y el general, pudieron entonces atacar los fuertes que defendían la bahía Delaware. Los hesienses atacaron el fuerte Redbank, pero fueron rechazados, y su comandante, el conde Donop, mortalmente herido, fué hecho prisionero. Traslado al fuerte, asistióle en sus últimos momentos un francés, Duplessis de Manduit, oficial de ingenieros, que se había puesto al servicio de América.

«Temprano he concluido la carrera, dijo el alemán al dar el postrer aliento, muero víctima de mi ambición y de la avaricia de mi soberano.»

Donop y Manduit, representaban respectivamente el antiguo y el viejo mundo disputándose el predominio; eran el soldado y el ciudadano, el mercenario y el hombre que solo se bate por la causa de la libertad.

Á principios de diciembre, habiendo sucumbido los fuertes de Delaware, Howe reunió su ejército, y presentó batalla á Washington cerca de Whitemarsh. El Fabio americano estaba resuelto á no abandonar sus fuertes posiciones, y todo se redujo á algunas escaramuzas, en las cuales se distinguió la milicia del Maryland. Howe, no pudiendo atraer al enemigo al llano, se fué á invernarse en Filadelfia. No menos necesitaba de ello Washington. Sus soldados no tenían siquiera con qué cubrirse, y tan general era la falta de zapatos, que podía seguirse la pista al ejército por las huellas de sangre que aquellos infelices dejaban en la nieve. Washington se lamenta de eso en una carta dirigida al presidente del Congreso, Enrique Laurens, de la Carolina del Sud, que acababa de reemplazar á Hancock, quien tuvo que retirarse á causa del mal estado de

Sparks, Wash., tom. II, pág. 31.

su salud. La carta está fechada del 23 de diciembre de 1777. Su contenido es sumamente doloroso.

«No me cabe de ello ninguna duda. Si no está en mejores condiciones la administracion militar, el ejército se verá reducido á una de estas tres necesidades: morir de hambre, disolverse, ó dispersarse para vivir como pueda. No exagero nada, tengo poderosas razones para temer lo que os estoy diciendo.

»Ayer por la tarde, habiendo sabido que un cuerpo de tropas enemigas habia salido de Filadelfia para trasladarse á Derby con intencion aparente de forrajear, dí orden de que se prepararan mis tropas á desbaratar los planes del enemigo. Con gran mortificacion mia, supe, con harta certeza, que mis soldados no podian siquiera dar un paso por falta de víveres. El dia anterior, al anocheecer, habia estallado una sedicion peligrosa, que con mucho trabajo habian ahogado los esfuerzos de algunos valientes oficiales, pero era de temer que el hambre la haria estallar de nuevo. Llamé á un comisario encargado de suministrar víveres, el único que teniamos en el campamento, y supe del mismo la triste y alarmante noticia de que no teniamos siquiera una cabeza de ganado, y que solo le quedaban veinticinco barriles de harina.

»Juzgad ahora de nuestra situacion, añadiendo además que nadie puede decirme cuándo he de esperar á recibir socorro.

»Todo lo que pude hacer fué enviar algunas tropas ligeras para que vigilaran y molestaran al enemigo, mientras otras se dirigian por diferentes puntos para recoger, si era posible, algunas provisiones con que atender á las necesidades mas apremiantes del ejército. ¿Bastará eso? No; tres ó cuatro dias de mal tiempo harán inevitable nuestra destruccion. ¿Qué será, pues, del ejército, en este invierno?

»...Lo declaro con toda la sinceridad de mi alma; no ha habido jamás otro general que como yo haya tenido que luchar con tantas dificultades en sus operaciones y por razon de todos los servicios del ejército.

»...En mas de una ocasion he podido sorprender ventajosamente al enemigo, pero siempre la accion se ha perdido ó comprometido por falta de víveres. Y ese mal tan notable, tan irritante, no es el único. Desde la batalla de Brandywine, nunca hemos recibido jabon, vinagre, ni nada de lo que nos ha concedido el Congreso. En cuanto al jabon, no tenemos de él mucha necesidad ahora, como quiera que son pocos los que tienen mas de una camisa, no

llevando muchos sino un trozo, y yendo algunos sin ella... Tenemos 2,898 hombres inutilizados para el servicio, porque van descalzos y desnudos.

»...Desde el 4 del corriente, el número de soldados válidos ha disminuido de dos mil hombres, á consecuencia de los sufrimientos que experimentan por falta de mantas. Se han visto obligados, y lo están muchos todavía, á pasar la noche sentados junto al fuego, en lugar de acostarse.

»Hay algunos *gentlemen* que, sin saber si el ejército tomará ó no cuarteles de invierno, se creen en el derecho de hacernos cargos. ¿Green acaso que los soldados son de madera ó de piedra? ¿que son igualmente insensibles al frio y á la nieve?... Puedo asegurar á esos señores que es mas fácil y menos pesado redactar criticas, en un cuarto muy cómodo, y sentados junto á un buen fuego, que estar de campamento en una colina fria y húmeda, y dormir bajo el hielo y la nieve, sin vestidos ni mantas. Cualquiera que sea la indiferencia de esos caballeros, tantas privaciones y sufrimientos me conmueven profundamente, y compadezco en el alma miserias que yo no puedo aliviar ni prevenir.»

Agobiado por esos sufrimientos, Washington recurrió al sistema de requisas forzosas. En esas medidas rigurosas, pero necesarias, usó de moderacion suma, á pesar de lo cual escitó el descontento y las quejas de sus mas decididos amigos. Por lo que á él se refiere, échase de ver en todas sus cartas su inmensa repugnancia á aquellas medidas, declarando, que, tener que apelar á aquel extremo, le pareceria la mayor desgracia de su vida. Tenia el alma civil, en lo cual estaba su grandeza.

La resolucion que tomó Washington de establecer sus cuarteles de invierno en campo raso, honra tanto á su sagacidad como á su entereza de ánimo. No faltaron quienes en el Congreso se estrañaban de que el ejército no marchara; en el campamento hubo tambien oficiales que hubieran querido instalarse en York ó en Lancaster, para en esas ciudades gozar de las comodidades de la vida. Pero Washington estaba decidido á tener siempre en jaque al enemigo, para que éste no estendiera sus conquistas ni su influencia.

Establecióse pues, en Walley-Jorge, fuerte posicion situada entre las colinas y riberas del Schuylkill, á veinte millas únicamente de Filadelfia. Era un desierto y una selva. Era indispensable toda la autoridad de Washington, para que los soldados se decidieran á quitar las malezas de aquel sitio, y á construir barracas para pasar

el invierno. Rudos fueron los rigores de la estación, la miseria fué muy grande, pero, sufriendo Washington con la resignación del soldado, nadie se atrevió á murmurar.

En tanto que acontecía eso en Pensilvania, tenían lugar en el norte otros sucesos, no mas honrosos, pero más afortunados para América. Allí eran victoriosos los norteamericanos, y humillados los ingleses.

Se ha dicho que los ingleses, aprovechándose de los rectos de la política francesa, habían determinado invadir por el Canadá las Colonias Unidas. Esa estrategia debia aislar á la Nueva Inglaterra, ocupando la línea que va desde los lagos canadienses hasta Nueva-York por el río Hudson. Habíanse reunido 7,000 hombres de tropas alemanas y francesas; aquellas estaban mandadas por el general Riedesel, y el general Burgoyne mandaba las inglesas.

Á fines de junio de 1777, el ejército partió de Crown-Point, punto que domina al lago Champlain, y se apoderó de Ticonderoga, y poco despues del fuerte Eduardo. De esa suerte el ejército alcanzaba el valle de Hudson.

La marcha era difícil, teniendo que atravesar bosques y pantanos, sin ningun camino abierto. No era cosa fácil abastecerse de víveres en el Canadá. No habia mas que carne salada procedente de Inglaterra, y trasportada por el San Lorenzo y el lago Champlain. Sin embargo las tropas inglesas avanzaban, empujando su vanguardia á los indios, que despojaban y mataban á los enemigos, y á veces hasta á los amigos.

Esa barbarie, que hubiese intimidado á un pueblo débil, sublevó al pueblo enérgico de la Nueva Inglaterra. No era ciertamente un pueblo de soldados; servir en un ejército era en concepto de sus habitantes cosa propia de siervos. Pero descolgar cada cual su fusil de la pared, montar á caballo y abalanzarse al peligro, esas eran todas sus complacencias. Amigos, parientes, todo envalentona á aquel pueblo, y el colono que solo tiene dos mantas dá una al que parte en defensa de su país.

Burgoyne tuvo pronto que hacer frente á un ejército de 13,000 hombres, ejército sin orden ni disciplina, que hubiese sucumbido en una llanura, si bien que compuesto de hombres resueltos, valientes y espelentes tiradores. Harto lo experimentaron los ingleses.

Ese ejército tenia por jefe al general Gates, inglés de nacimiento.

Véase la historia de miss Mac-Rea, en Lord Mahon, tom. VI, pág. 179.

to. Era de mediano talento; sin embargo, consigo tenia á un americano animoso y feliz en recursos. Llamábase Arnold, á quien mas tarde la envidia habia de echar en brazos de los ingleses, para merecer con ello el dictado de traidor, y quedar miserablemente desairado.

El primer encuentro tuvo lugar en Bennington, entre un cuerpo alemán, mandado por el coronel Baum y las milicias de New-Hampshire, á las órdenes del general Stark. No bien divisó al enemigo, Stark, dirigiéndose á sus soldados, les dijo: «Hijos míos, ahí están las casacas encarnadas; fuerza es que caigan en nuestro poder, y sino Molly Stark será viuda esta noche.» Los ingleses y alemanes fueron rechazados y derrotados, habiendo tenido 200 muertos y 700 prisioneros.

Esa acción de Bennington, verdadera escaramuza, detuvo á Burgoyne. Para no fiar nada á la casualidad, quiso abastecerse de víveres para treinta dias, y permaneció fijo por espacio casi de un mes, dejando que sus enemigos interceptaran el camino y se fortificaran.

Por último en 19 de setiembre, abandonando Burgoyne sus comunicaciones con el Canadá, pasó el Hudson por Saratoga. Los norteamericanos tenían sus posiciones en una serie de pequeñas colinas llamadas *alturas de Bemus*, posiciones que habia escogido como mas á propósito Kosciusko, oficial polaco.

El ataque inglés, dirigido con sumo acierto, no logró desalojar á los americanos, y Burgoyne se vió en la necesidad de quedarse en su propio campamento, molestado continuamente durante la noche, ora por el enemigo, ora por las manadas de lobos que aullando acudían á devorar los cadáveres de los desgraciados soldados.

Un segundo ataque, intentado en 7 de octubre, dió por resultado el tener que retirarse los ingleses. Entonces Arnold, por sí y ante sí, tomó á su vez la ofensiva, y Burgoyne, precisado á retirarse con un ejército desordenado, reducido á 3,500 hombres, viendo por otra parte que solo tenia víveres para seis dias y que estaba cercado por todos lados de enemigos invisibles, no tuvo mas remedio que entablar negociaciones con el general norteamericano, y entregarse con condiciones indudablemente honrosas, pero que, no obstante, si bien demostraban el valor desplegado por los ingleses en aquella ocasión, no hacian menos evidente el revés que habían experimentado.

¹ Estaba solo á cincuenta millas de Albany.

Al reunirse los soldados ingleses, en la mañana del 17 de octubre, para deponer sus armas y recibir los víveres de que tanto necesitaban, el general Gates se acercó á Burgoyne, y le dijo con frase cortés, aunque poco oportuna: «General, me felicito de veros.» Burgoyne, hombre de talento, mas bien que soldado, contestó: «Lo creo, general, pues la fortuna de la guerra está toda en favor vuestro.»

Los soldados norteamericanos tuvieron con los vencidos un comportamiento digno de todo elogio. El mismo Burgoyne cuenta que despues del *Convenio* (palabra que se empleó para suavizar el efecto que hubiese producido, llamándose *capitulacion*) una de las personas á quien vió primeramente fué el general Schuyler. Este poseia en Saratoga almacenes y talleres de aserrar maderas cuyo valor no bajaba de 10,000 libras esterlinas, á lo cual Burgoyne hizo pegar fuego, porque eran obstáculo para su defensa.

«Me escusé con él, dice Burgoyne, y le espuse las razones, que con gran sentimiento de mi parte, me habian obligado á obrar de aquella manera. Él me contestó que lo olvidara de una vez, alegando que las circunstancias me justificaban, que ello estaba conforme con los principios y leyes de la guerra, y que en análogas circunstancias, él hubiese hecho otro tanto. Hizo aun mas; encargó á uno de sus ayudantes que me acompañara hasta Albany para en esta ciudad proporcionarme, segun el mismo decia, mejor alojamiento que el que pudiese hallar un extranjero. El ayudante me condujo á una elegante casa, y con gran sorpresa mia, me presentó á la señora Schuyler y á su familia. Durante todo el tiempo de mi permanencia en Albany, viví en casa del general, en donde se servia todos los dias una mesa de veinte cubiertos para mí y mis amigos, siendo continuamente testigo de todas las demostraciones de hospitalidad posibles.»

El marqués de Chastelleux, que en 1780 hizo un viaje á América, no hace una descripción menos lisonjera de Schuyler, y de la familia de éste, si bien añadiendo la reflexion siguiente, muy propia de la lucidez de ingenio que caracteriza al siglo décimo octavo:

«El general Schuyler es aun mas amable *cuan-do no está en compañía de su mujer*; en lo cual se parece á muchos maridos europeos.»

De todas las batallas que se dieron en América, ninguna indu-

¹ Lord Mahon, tom. VI, pág. 197.

dablemente ejerció mas influencia que la accion de Saratoga, que terminó con la rendicion de 3,500 hombres. Fué para Inglaterra una leccion muy severa, como que se le enseñó por vez primera que su poder tenia límites, que la distancia, el alejamiento y el valor de sus súbditos sublevados podian obligarla á cejar.

Para las colonias, fué una leccion de confianza en sus justas aspiraciones; como quiera que, despues de tres años de infortunios, comenzaba á sonreirles la fortuna, pudiendo en su consecuencia alimentar esperanzas de paz é independencia.

La Europa recibió tambien una advertencia. Ya que Inglaterra comenzaba á sufrir descalabros, no era ya imposible una alianza con las colonias para humillar una antigua rival. Francia se guardó mucho de dejarse escapar esta ocasion.

Lo particular es, que ese suceso, tan notable por sus consecuencias, se realizó independientemente de Washington. La victoria se debió á los soldados de un general nada ilustre, y los enemigos de Washington se aprovecharon de ese acontecimiento para humillar al héroe de la independencia norteamericana. Gates dió parte de esa accion al Congreso, sin tomarse siquiera el trabajo de comunicarlo al general en jefe. «Confiamos en que todo saldrá bien, escribia lacónicamente Washington á Patrick Henry¹. Con tal que nuestra causa triunfe, poco me importa el lugar ó la persona que contribuya á su feliz éxito.»

Rasgo es ese propio de un alma heróica; si bien es lamentable ver que los contemporáneos apenas comprendian que en medio de ellos habia un grande hombre. Hay que hacer en eso una excepcion honrosa en favor del jóven La Fayette, que tenia de ello perfecta conciencia: todas sus cartas respiran el gozo inmenso que tenia por vivir al lado de un *grande y excelente hombre*; no caben la envidia ni la debilidad en el corazon de La Fayette, que es todo admiracion y cariño hácia su ilustre general. Eso solo hace á aquel acreedor á la estimacion de América y de la posteridad.

Los sucesos del Nuevo Mundo repercutieron en Europa.

En 20 de noviembre de 1777 el rey en persona abrió el Parlamento, y solicitó aun mas medios para aplastar la rebelion. No se tenia noticia de la rendicion de Burgoyne, pero se sabian sus apuros.

Lord Chatham volvió á aparecer en el palenque. Su política se reducía á mantener la union de las colonias á Inglaterra, como el

¹ Noviembre 13 de 1777.